

Las ciudades de poniente, a las 8 de la tarde

J. LUIS SUAREZ ROCA

Foto: Mauricio Peña

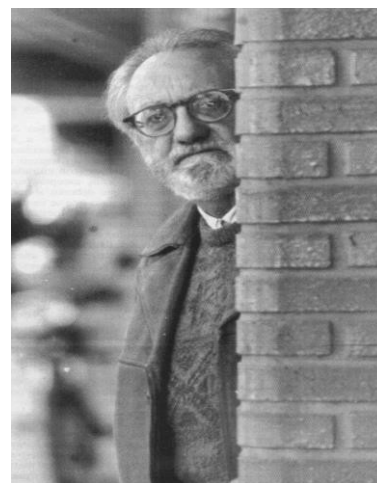
«Las ocho de la noche es una hora difícil y peligrosa. A las ocho de la noche, uno es capaz de ponerse a pensar de dónde venimos y a dónde vamos... A las ocho la gente se aburre mucho, hay quien se pone a limpiar la dentadura postiza, o a pegar sellos en un álbum. No es extraño que a algunos se nos ocurra perpetrar un poema dudoso o entrar con devoción en la amistad del vino; generalmente las dos cosas». Son fragmentos de su sabrosa y entrañable «Confidencia del vino». Y los traigo aquí a colación para ponerme a tono (no me falta la botella de un vino nuevo y rojo berciano) y ponderar la figura y el genio de este cuentista magistral, raro y villafrancón, don Antonio Pereira. «Don Ramón Gómez de la Serna decía que la poesía es ese hisperespacio que Dios nos concede para que no sean tan sórdidas las ocho de la tarde o de la noche. Para mí es una hora maravillosa, sobre todo si estoy en Villafranca. Sale la patrulla, comandada por mi amigo Luis Núñez, a hacer el recorrido de las íntimas tabernas donde uno puede escuchar historias -el Bierzo es un país de narración oral-, o pillar argumentos que luego serán el embrión de futuros libros. Uno vive de estos alimentos.

En «Las ciudades de Poniente», hermoso título del libro de relatos por el que don Antonio Pereira recibió el premio «Torrente Ballester» de la Diputación de A Coruña en 1993, se halla un no dudoso poema en cuento de aquellos paisajes y personajes que fueron, que son todavía, en las ciudades del noroeste, ciudades de abolengo que siguen buscando el mar, que siguen mirando hacia el ocaso. No le parece a don Antonio, sin embargo, que en esta última obra suya haya relatos más notables como piezas independientes que en anteriores volúmenes de su obra. «Lo que sí han encontrado los críticos y los lectores en este libro es un cierto tono unitario, un ambiente, un territorio mágico, que es el del Noroeste. Yo creo que lo que hay de verdad en este asunto es la voz del narrador. El cuento es la ficción de una voz».

Porque Antonio Pereira duerme mirando al Noroeste, y escribe en Madrid, en León, en las calles, en el metro, contra las paredes, mirando al noroeste. ¿Dónde

habrá visto don Antonio esa pintada hecha con letras de palo mayúsculas que le sirvió para componer esa para mí pieza intensa y perfecta que se titula «Don Eloy deje salir a Dorita o me mato» y que cierra las puertas mágicas de sus ciudades de poniente? ¿Se la habrá soñado o la habrá vivido en carne y alma? «Todas las historias que cuento son verdaderas, más verdaderas que si fuesen reales, y mi oficio es convencer, embaucar al lector y que él las acepte como algo indudable. En el relato «Don Eloy deje salir a Dorita o me mato» hay mucho de autobiografía: ¿De dónde si no iba a ocurrírseme ese lujoso y nocturno tren que se desvía en Toral de los Vados y se detiene en Parandones? El autor sabe esas cosas, y la obra sabe más que el autor. La obra lo sabe todo, como escribe con mucho talento el berciano Andrés Viloría»,

A Antonio Pereira, al escritor, no es que le gusten los cuentos con moraleja. Y a uno, es normal, le entra la curiosidad de saber cuál será el relato de sus «Ciudades de Poniente» que con más placer, nerviosismo y melancolía lea y relea don Antonio en sus ratos de descanso. «Casi he llegado a convencerme de la condición unitaria del libro, como si se tratase de una novela, tanto que me cuesta recordar por separado cada relato. Pero pongamos, por ejemplo, el que se titula “El apartamento”: es la escapada casi clandestina de un obispo, y su aventura me parece tierna y patética».



En la frescura, en la facilidad para contar historias que tiene don Antonio, hay sin duda huellas de la tradición oral leonesa. Acaso existe un espíritu (¿un duende?) local, leonés, berciano, o gallego-berciano, o lo que sea, que se insufla en sus relatos: el espíritu, la magia del noroeste. Pero uno teme que temprano o tarde se pierda, ahora que se carnina vertiginosamente hacia el universalismo de las formas y de las modas; uno teme que el espíritu de los viejos contadores de cuentos, de cuentos fraguados en la antigua y cálida hoguera del terruño se vaya al carajo. El personal lee muy poco, cada vez menos, y lo que quiere es que le lean cuentos, como a los negros en las aldeas globales de la prehistoria, que salga al escenario un cuentacuentos dramatizando la historia y les asombre con aspavientos y esparajismos. ¿Qué opinión tendrá don Antonio sobre el papel de estos cuentacuentos posmodernos? «En lo que se refiere a mi propio quehacer, entiendo el cuento como un objeto esencialmente de lectura, pero nada tengo en contra de su dramatización o escenificación. Al contrario, esto de los cuentacuentos puede favorecer la difusión del género, un género en auge propio de las prisas del lector de nuestro tiempo».

Sangre borgiana y cunqueiriana corre por sus venas de cuentista universal. De nada le hubiera servido haber nacido en el Bierzo si no hubiera traspasado los límites

de sus horizontes tabernarios ¿A qué si no se debe que sus cuentos le salgan sencilla y exquisitamente redondos? Sólo él sabe el trabajo que lleva pulir y engastar las palabras como joyas para conseguir el metal, el tono y el brillo de sus cuentos. La gloria no se alcanza de otra manera. Lo tienen muy crudo aquellos que van para cuentistas.

«El cuento literario es un género difícil. Hace falta saber una buena historia y saber contarla con brevedad e intensidad, mejor en cinco páginas que en diez. Pero, además de estos problemas esenciales de la creación, sucedía hasta hace poco que los editores se resistían a la aventura de publicar libros de relatos. Esto, por fortuna, está cambiando. Modestamente, en lo que me concierne, Las ciudades de Poniente ha salido hace cinco meses y ya se va por la tercera edición».

Con sonrisa de lector cómplice, me confiesa que ya quisiera él haber vivido en sus carnes y huesos todas las aventuras amorosas que nos cuenta. El que desee vivirlas, que se ponga el culo en la silla desde las ocho de la noche en adelante, a ser posible, y descubra las máscaras narrativas con que muy a gusto se disfraza él, bajo las que juguetonamente se oculta «el otro», Antonio Pereira. Y gozará al recorrer amenos y fascinantes vericuetos señalados con un arte de fábula y perderse voluptuosamente entre los anchos brazos de su i griega, en sus pozos encerrados y sitios de ingleses, en sus erotecas infinitas, en sus desvanes de picassos y al tirar de hilos de cometa, probar las peras de Dios, matar moscas o contemplar sus cuadros para una exposición. Al transitar por las calles, plazas, camas y oficinas de estas, suyas y nuestras, ciudades de poniente y luces tamizadas, donde las rarezas terminan desvaneciéndose y todo resulta de lo más normal, después del goce, claro. Por estas ciudades de cuento, de magia y oeste galaicoberciano, donde alumbra un sol tibio de nostalgias amargas y tensiones aún no sofocadas. Ciudades en las que aún se mata el tiempo con habladurías. En las que, a falta de otros alimentos, se canoniza, se eleva a los altares al botillo. «Está bien que se propague nuestra gastronomía, pero, mire usted, lo mejor del botillo son los cachelos».